

ATOMO Y ELECCIONES

En septiembre de 1976 tuvieron lugar en Suecia unas elecciones generales. El Partido Socialdemócrata tuvo que abandonar el Gobierno. En la conferencia de prensa celebrada horas después del cierre de los colegios electorales, Olof Palme, hasta entonces primer ministro del país, declaró tajantemente que la causa de la derrota había sido la campaña realizada en torno al tema de la energía nuclear. Tácticamente esta precipitada afirmación era impecable: dos de los partidos de la futura coalición gubernamental son partidarios de la nuclearización del país y el tercero, el más grande de ellos —el Partido del Centro—, es un furibundo enemigo de esa perspectiva.

Probablemente no era esa la razón de la derrota que ya se había ido perfilando en las dos elecciones anteriores, pero de lo que no hay la menor duda es de que éste había sido un tema que había preocupado al electorado.

Los suecos, amantes si los hay de la Naturaleza, son muy sensibles a todas las cuestiones que afectan al medio ambiente. El peligro de la nuclearización de Suecia movilizó no sólo a los políticos, sino a periodistas, escritores, científicos...

Dos miembros de la Academia sueca, Lars Gy-

llensten, médico y novelista, y Artur Lundkvist, poeta, ensayista, novelista y gran introductor de las literaturas de lengua castellana, participaron en el debate con los artículos que publicamos a continuación.

Gyllensten declaró que votaría por el Partido Socialdemócrata, como hasta entonces, sino por el Partido del Centro, el más ardiente enemigo, junto con el Partido Comunista, de la nuclearización del país.

En el fondo de la discusión está el modelo de sociedad que se quiere —o que se puede— establecer en Suecia y, fundamentalmente, la forma de tomar decisiones trascendentales para el futuro del país de una manera muy poco abierta y democrática.

Estos dos artículos quieren simplemente informar sobre el tono y el fondo de la discusión en un país como Suecia.

Ante la nuclearización de España, iniciada a espaldas de la opinión pública, los partidos políticos deben presentar claramente, antes de las elecciones, su política en relación con el tema de la energía nuclear. Es una cuestión básica para la democracia. ■ FRANCISCO J. URIZ.

o fabulosas catástrofes, jamás se le pedirán responsabilidades. Y, además, ¿de qué nos serviría que pagase, incluso con su vida, las consecuencias de su política? Lo hecho, hecho está.

Los políticos se pasan la vida prometiendo seguridad a todos, a jóvenes y viejos, ahora y para el futuro. Pero, ¿cuál es el valor de esa seguridad si está basada en unos supuestos particularmente aventureros y arriesgados, si sólo se mueve con ilusiones a corto plazo en un mundo fundamentalmente mal orientado, que navega con rumbo equivocado? Ciertas religiones acostumbran añadir a sus promesas la fórmula "Si Dios quiere". Los políticos deberían ser igualmente prudentes cuando prometen la seguridad en el futuro y añadir: "Si la humanidad sigue existiendo" o "Si todavía existe el mundo". Pero, ¿no estará ya ahí implícita esa salvedad en el lenguaje de los políticos como una evidencia sobreentendida?

Tal y como están las cosas, los políticos corren en la actualidad el peligro de perder la confianza de la gente. Adolecen, de una manera demasiado notoria, de demagogia y falta de sinceridad (quizá inconscientemente), están demasiado ansiosos de hacerse cargo del poder y menos preocupados de lo que sería deseable por la forma de orientar su utilización. A la desconfianza contribuye fuertemente la disciplina de partido, que dificulta, en la medida de lo posible, toda divergencia individual entre los elegidos por el pueblo convirtiéndolos en marionetas obedientes a la dirección del partido.

¿No se podría pensar que personalidades individuales, con responsabilidad directa ante sus electores, se presentasen en las elecciones para, de esa manera, romper los agobiantes corsés de los partidos? ¿Lograría funcionar acaso una asamblea de representantes del pueblo de esas características sin caer en una total paralización de las actividades o en una insensata división? Pero, ¿hay alguna alternativa mejor?

La política, ¿tiene que ser por fuerza siempre tan mope, tan mezquina? ¿Es que acaso es incapaz de tomar conciencia de las consecuencias de sus decisiones? ¿No hay otras instancias que los partidos, ni otras personas más que los políticos profesionales que tengan mayor clarividencia, más clara visión, una perspectiva más larga, mayor sensibilidad para aquello que se mueve bajo la superficie del

Un chillido de ratón en plena tormenta

PUEDE un escritor tomarse la libertad de participar en el debate de la energía nuclear? Lars Gyllensten acaba de hacerlo, con gran energía y demoledores argumentos, pero, claro, él es en cierto modo un científico. El que no puede aportar nuevos argumentos en la batalla de los expertos, ¿qué otra cosa puede alegar que el simple derecho que tiene todo ciudadano de expresar su opinión sobre el tema? Quizá sea suficiente cuando se trata de una cuestión de tan incalculables dimensiones. En todo caso no pasará de ser un chillido de ratón en plena tormenta.

Yo renuncio a tomar posición de partido ante el problema de la energía nuclear. Debo decir también que es casi imposible, ya que las líneas de demarcación dividen a los partidos o a las posibles coaliciones poselectorales. En esta importante cuestión (como en algunas otras) me parece que el sistema de los partidos, simplemente, no funciona y que, además, los partidos dejan en la estacada los ver-

daderos intereses de los votantes. La situación es tal que yo, en estas elecciones, me considero, prácticamente, despojado de mi derecho de voto. Me inclino también a creer que muchos otros ciudadanos experimentan la situación actual de la misma manera.

¿Qué podemos hacer? ¿Abstenernos? Entonces dejamos la decisión en manos de otros. ¿Protestar? Sí, si tenemos posibilidades razonables de hacernos oír. ¿Exigir un referéndum? Entonces los partidarios de la nuclearización del país que disponen de enormes recursos para realizar amplias campañas propagandísticas podrán lograr torcer la verdadera voluntad de la mayoría. Además, el resultado del referéndum no es vinculante, sino simplemente consultivo, y muy bien pueden ignorarse los resultados.

Es entonces cuando uno se plantea la cuestión de si no habremos llegado a un punto tal de degeneración del sistema democrático que lo que nos está gobernando es una

ARTUR LUNDKVIST

dictadura disfrazada: la dictadura de las constelaciones de poder políticas que gobiernan por medio de decisiones tomadas a espaldas del pueblo, por medio de manipulaciones propagandísticas y de otro tipo. Eso lo hace, digamos, más escurridiza que una dictadura abierta y, en cierto respecto, más difícil de combatir. Una democracia que simplemente lo sea de nombre y por su forma externa es algo particularmente traicionero y peligroso.

Los políticos gozan hablando de su responsabilidad. Pero, ¿de qué tipo de responsabilidad se invisten tan solemnemente? Nadie puede echar sobre sus propios hombros la responsabilidad de una cuestión tan complicada, de tan funestas consecuencias, como es la utilización de la energía nuclear o la transformación que se está realizando en la sociedad y en el mundo. Si el político, de una u otra forma, fracasa, entonces se retira y desaparece sigilosamente de escena. Si su actuación ha causado incalculables pérdidas económicas